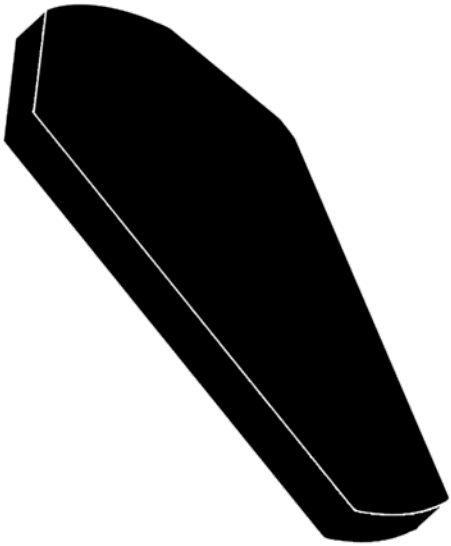
MIGUEL ANDREIS



LOS SECRETOS DE LA DENTADURA

(Y OTROS RELATOS...)

eduvim

Pajarito de agua es una colección creada por **Eduvim** (Editorial Universitaria Villa María) para difundir la literatura de Villa María y de Córdoba. Es de distribución totalmente gratuita. Queda totalmente prohibida su reproducción total o parcial. Asimismo tampoco se permite su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

ISBN 978-987-1518-03-6
© EDUVIM – Editorial Universitaria Villa María
© Miguel Andreis
Queda hecho el Depósito que establece la Ley 11.723

Cualquier parecido de los relatos de este libro con la Realidad es mera coincidencia. La responsabilidad por las expresiones vertidas en estos cuentos corre por cuenta de sus autores. Su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

Diseño de Tapas: © Robinson Ríos
Diseño de Interiores: © Sebastián Dinolfo

La publicación de estos cuentos se realiza con el auspicio del Proyecto de Voluntariado Universitario "Leamos a Córdoba en su Literatura" del Programa Permanente de Extensión de la Cátedra de Literatura Argentina I y II del Profesorado en Lengua y Literatura de la UNVM.
Secretaría de Bienestar. Políticas Universitarias.

Y Paila dijo: "Prefiero morirme antes que Menem me haga laburar. Toda mi vida zafé del yugo y no voy a aflojar justo ahora que ya pasé los sesenta". Cumplió con su palabra... Pero ésa, esa es otra historia.

Guitarrero de oficio. Jamás supo de otro pique. "Los artistas no podemos hacer concesiones a la pala. Eso es dar malos ejemplos" –repetía–. Bajo de estatura, de lentes gruesos y ocurrente como pocos, le brotaba con tanta naturalidad respuestas tan impensadas como ingeniosas. Así transcurrieron sus más de seis décadas recorriendo boliches y acompañando cantores de entonación, la mayoría, lamentable. El pasar el sombrero y rasguñar algunas monedas o billetes chicos era un desafío cotidiano, donde las madrugadas se anudaban con un sol que se despabilaba con el grito ronco de los gallos. Junto a su amigo del alma, compadre de ojo ladeado, voz gruesa y pastosa, guitarrista y cantor, el "Chango" Luna, recorrió hasta el setenta y pico, pueblo por pueblo de la provincia. Córdoba no fue la única que recibió con dispar afición a

este dúo que colgaba afiches con poco engrudo para levantarlos antes de "rajarse" y volverlos a colocar en la próxima presentación. Más de un hotel supo de sus huidas en el silencio de la noche con facturas que se archivarían indefinidamente en perpetuos recuerdos a sus progenitores. Hacía tiempo que Paila había dejado la bebida. Su otro hobby eran los galgos con los cuales dejaba gran parte de lo recaudado. Animales escasos de jugo de ollas y que en muy pocas ocasiones le permitieron pasar a cobrar por ventanilla.

Llegó a la villa desde Roldán, localidad santafesina. Ya de pequeño se marcaba su escasa propensión al esfuerzo.

Un fin de año es sorprendido con la visita de otro guitarrero de aquellos pagos. Un primo segundo del marido de su tía. El compadre "Pijui", tal lo apodaban. Tomador insaciable y también portador de lentes de generoso aumento. Llamativo aumento.

Fue precisamente la calurosa tarde del 24 de diciembre del ´79 que, entre zambas, milongas, chachareras, tangos y tintos, el Pijuí, con mala fortuna, muerde de costado un turrón de fecha vencida, y traaaccc, se escuchó de lejos, y por el piso de tierra del patio, bajo la parra, rodó la mitad de la dentadura postiza. Probaron con Póxipol transparente pero a la media hora cedió el arreglo al apretar un pedazo de ananá. "Tranquilos –manifestó Paila– yo te arreglo el problema en dos patadas.

Vamos", ordenó. Pijüí semiconsciente por las sucesivas sangrías, obedeció. Dinero para una reparación no tenía. Le siguió los pasos. Estaba entregado.

A dos cuadras de la casa de Paila vivía el Negro Cortés, veterano oscuro que durante muchos años ofició de sepulturero hasta que le llegó la hora de jubilarse. Ahora sumado a la clase pasiva se había transformado en un clandestino obrero del lápiz. Con el levante de quiniela unas chirolas suma.

"Vení que este gomia te lo va a solucionar", insistió Paila. Vas a tener que tirarle unos manguitos, pero seguro que volvés con un comedor nuevo. Eso sí, quédate en el molde y no chicharriés por lo que veas". El visitante nada respondió. En la mano llevaba la parte averiada y a cada instante la acercaba a los anteojos para observarla mejor. Le faltaba un diente y un molar.

"Te cuento, agregó el anfitrión, es un negro gauchazo, él, aparte del sueldo, se la rebuscaba vendiendo armazón de coronas usadas a las florerías o zapatos de finados que sacaba en el cambio de cajones. Tiene como 200 pares de todos los modelos y colores. Claro que la platita más dulce, continuó, venía de otro lado. Les revisaba la boca a los finados, y aquellos con dentadura postiza... arriba, se las sacaba. Total, para comer no les hacía falta. Se las compraban dos o tres mecánicos dentales".

Pijüí, entre su desgracia y carga etílica no ofreció resistencia.

Paila le presentó al Negro, a su amigo. Explicó la coyuntura y el poco resto que tenía el visitante para abonar el supuesto favor. "No hay drama" –dijo el ex sepulturero, y mientras abría una cuadrada caja de chapa, originalmente de masitas Terrabusi, le ofreció la mercadería. A elección. No menos de cinco docenas de dentaduras apretadas y abiertas se observaban a través del redondo vidrio. Algunas con un moho verdoso entre la encía y los dientes. Allí estaban dispuestas para ser titulares en las bocas que las requirieran. Pijüi intentó pegar la vuelta. Algo en su estómago se estrangulaba. "Esta es de un cura –sostuvo el Negro mientras la señalaba con el dedo recién sacado de la nariz– la tengo marcada con una cruz". En vano intentaron convencer al desdentado de que abriese la boca para probarle cuál le calzaría justo. Una hora después y dos cajas de tetrabric de bajo costo, ablandaron la resistencia del averiado, que entre una pesada nebulosa que le anudaba la lengua sólo atinó a decir: "Al menos antes de probármelas lávenla". En la palangana enlozada, donde el Negro descansaba sus pies a la tarde cuando regresaba de jugar a las bochas, volcaron las mismas, echándole un chorro de lavandina para cortar el agua. Antes de las 11 de la noche y luego de experimentar con unas 35 dentaduras el problema encontró solución. Una calzó perfecto, nada más que... Agradecieron, saludaron

y se despidieron.

Esa noche el Pijüi comió asado, mordió huesos, mezcló sidra, cerveza, clericó con lechón.... Pero percibió que algo raro comenzaba a sucederle. Ya no era el mismo, y desde entonces el guitarrero se cuida de interpretar temas con doble intención, decir malas palabras, contar chistes o cuentos picantes o tomar vino más de la cuenta porque extraña e inexplicablemente se le traba la dentadura y ya no hay forma de que puedan hacerle abrir la boca. Probaron con un destornillador, un cortafierros, una palanca, nada. El mecanismo de los dientes queda herméticamente cerrado hasta el otro día. Ya lo vieron varios profesionales, radiografías, análisis, todo tipo de estudios y desde la ciencia no le encuentran respuestas. Es todo un enigma

Claro, que el Negro Cortés se guardó muy bien el secreto, muy bien, ni al mismo Paila se animó a contarle que esa dentadura, esa dentadura, perteneció a un pastor de los testigos de Jehová.

"AYYY MAMITA, AYYY MAMÁ..." LILIANA S., LA CÁRCEL, LA TORTURA Y EL OLVIDO

(EN HOMENAJE AL TURCO BARDÍN)

"Liliana. S. es una morocha bella, de rostro aindiado, ojos negros y un cuerpo pequeño pero bien formado. Hoy vive en Córdoba, tiene tres hijos y un pasado con el que lucha noche a noche en el intento de olvidar. Hace años que no la veo…" El Colorado habla de ella sin ocultar sus afectos. "Es un ser excepcional, cada historia que nos contaba nos erizaba la piel, sin embargo la del Turco Bardín, en la cárcel de Trelew, fue la que más nos conmocionó. Recuerdo el hecho como si me hubiera tocado vivirlo. Es espantoso conocer tanta perversidad. Y ella nos lo narraba con tantos detalles que era imposible que las vísceras no te pegaran tincazos en el estómago". No se precisó incitarlo demasiado para que el Colorado hablara de cosas que generalmente prefiere callar. Liliana, que permaneció algunos años en nuestra ciudad, vivió todo lo que aquí describimos… y mucho más.

Violaciones en cadena

Liliana llegó a Villa María a fines del ´81. Tenía libertad vigilada, es decir que diariamente debía presentarse a la Jefatura de Policía y firmar una planilla. Como no tenía familia fue a parar a la casa de su suegra. En realidad de la ex suegra. Su martirio comenzó en el ´75 cuando en un operativo tenaza detienen a quien por entonces era su compañero. Lo acusan de integrar una célula del PRT (ERP). A la noche siguiente varios uniformados destrozan su casa en barrio Alberdi de Córdoba, la golpean brutalmente y se llevan a su hijo de tres meses. Nada supo del bebé hasta que quince días después, alguien se lo acerca a la cárcel, con los mismos pañales con los que se lo llevaron. La bombacha de goma estaba incrustada en las piernas, y el olor se volvía insoportable. Deshidratado y en estado grave. Para entonces su madre ya había pasado varias sesiones de tortura de todo tipo. Violaciones en cadena. Santi, ese es el nombre del niño, permaneció con ella unos años. También fue conociendo las distintas cárceles donde fue trasladada Liliana.

“El Petiso Ramón Buquet, un ferroviario de alma, despedido y reincorporado varias veces por su militancia gremial; cuadro político, filo PC, se había llegado hasta el comité del PI (Partido Intransigente) en la calle Mendoza al 800. Un tipo fantástico. Luchador y orador de fuste si era necesario. Allí convergían distintos pensamientos del activismo”.

Liliana contó que en una oportunidad le estaba dando la teta a su hijo, recién comenzaba a aparecer la luz de día, le mira la boca y observa que la tenía roja de sangre. Se desespera. Lo revisa y no encuentra nada. Una compañera de celda le dice que la sangre le brotaba de uno de sus pechos. Allí recordó que esa noche había pasado varias horas de picanas y puchos de cigarrillos. A los "milicos" les encantaba deformarles los pezones con las brazas del cigarrillo. De allí provenía la sangre. Seguramente el bebé también tragó cenizas.

El acto al cual vino Alende

La convocatoria fue en la esquina de San Martín y Corrientes. Era el primer acto político abierto en el tiempo de la dictadura. En pleno centro. Venía nada menos que Oscar Alende. Uno de los referentes más importantes en la lucha por recobrar la democracia perdida. No cualquiera se atrevía a semejante desafío. Esa noche de abril serían oradores, además del citado "Bisonte", el Naranja López, quien provenía del viejo cuño de la UCRI, el Negro Manuel Dávila, Horacio Viqueira y el responsable de la Juventud local –remarcó el Colorado– agregando, todos teníamos temor–. El Petiso Buquet me vio la cara de susto y me llevó hasta el Palace. Sonrió y dijo: "Dejá que a esto lo arreglo yo". Trajo un vaso como de medio litro, hasta los labios de ginebra. Hacele fondo blanco, me su-

surró. Después poco y nada me importaba sobre lo que aconteciera.

La concurrencia estaba dentro de las expectativas. Cerca de 400 personas. Un tercio de ellas, policías y servicios de todos los estamentos. Amedrentaban. Cada uno dijo lo suyo. Obviamente que Alende era quien convocaba y no ahorró adjetivos para "usurpadores del poder".

Conocerla

Alguien se acercó al palco y me dejó un papel con una dirección. La recomendación fue concreta: "Traten de darle una mano a esta chica, la reventaron los milicos" –figuraba el nombre y un número telefónico–; atendía un pequeño negocio ubicado en la calle Santa Fe, cerca del bulevar Italia.

El espanto se leía en el rostro de la joven. Se quedó atónita, silenciosa, cuando se le nombró a una persona, sus manos no paraban de temblar.

Así la conocí. Con otros compañeros del PI la llevamos a tomar café, recorrer la ciudad. La fuimos sacando en la medida que podíamos. Era tanto el temor que se paralizaba. La noche le imponía un plus a un miedo inmanejable. Su suegra, una mujer de valentía como pocas veces vi, la cuidaba sobremanera. Razones no le faltaban a la anciana. Esa lucha se había llevado la vida de dos de sus hijas, un yerno, y el otro hijo detenido.

Aludir a los desaparecidos, por entonces, no era aconsejable, desde

ese improvisado atril se nombró una a una las víctimas que se conocían por entonces. Muchos que se identificaban con Alende prefirieron quedarse en sus casas. Pocas situaciones son menos intransferibles que el miedo.

Memorias de la picana

Cebar mate para Liliana era toda una ceremonia. Desde evitar que el agua hirviera hasta sacarle todo el polvillo a la yerba. Nunca azúcar. La yerba le duraba horas. Era la experiencia del encierro. Habíamos regresado al Partido de hacer unas pintadas. Alguien había tirado unas tiras de falda a la parrilla. Recordar cada relato suyo es casi una pintura del infierno. Su ex compañero cuando salió de la cárcel, un año antes que ella –en realidad fue deportado a Suecia–, y se juntó con otra compañera. La abandonó llevándose con él al hijo. Ella, que no era militante y mucho menos integrante del PRT, siguió entre rejas. Sin el niño, con secuelas de la tortura en todo el cuerpo, y un vacío que la enloquecía peor que la picana: la ausencia de su sangre hecha vida.

De Córdoba la habían trasladado a Devoto; posteriormente a Caseros y de allí a Trelew.

Más de 12 madres con bebés

El Turco Bardín era un médico pediatra. Militante independiente de una corriente clasista y delegado en el laboratorio Parque Davis en Buenos Aires. Lo acusaron de formar parte de Montoneros. Por lo que cuenta Liliana, nada que ver. También fue derivado a Trelew, luego de cuatro años de dar con su cuerpo entre "parrillas" mojadas para que la corriente no pierda efecto hasta sótanos donde por meses no vio el sol.

En la penitenciaría había más de 12 madres con sus criaturas. Todas eran atendidas por el Turco. Un tipo que supo ganarse el afecto y respeto de todos. Un referente intachable. Derecho, leal, solidario. Todos lo querían, menos uno de los oficiales a cargo de la Unidad.

Una madrugada lo levantan de urgencia porque un bebé tenía una fiebre que ponía en riesgo su vida. El doctor comenzó a solicitar medicamentos específicos antes que la criatura empezara a convulsionar. Cuatro horas después el temblequeó se transformó en ataques. Convulsionaba. Dos horas después del mediodía el médico oficial de la cárcel firmaba el certificado de defunción. El oficial a cargo del turno había prohibido cualquier tipo de asistencia o derivación. Condenó al niño…

El Turco, absolutamente impotente, estalló en llantos cuando comprendió que la vida del chico se les fue de las manos. Pidió hablar con el oficial Juan Federico García, quien era el Jefe de la Unidad. El mismo que hizo

posible la muerte. La mano del Turco se estrelló contra el rostro del uniformado. Cuando quiso pegarle la segunda patada, perdió el conocimiento. Un culatazo le abrió la nuca. Al despertarse percibió un gusto salado en sus labios. Corrió la lengua y comprendió que ya no tenía dientes en la parte de arriba. Los guardias habían actuado rápido.

Los pezones destrozados

Liliana, de una fascinante humildad, me comenta en voz baja, con rubor, que le dolía mucho los senos. Qué profesional la podría atender. En el Partido estaban el Negro Dávila que era traumatólogo, y el Gringo Alberto Giannaria, pediatra. Ellos la acercaron hasta un colega especialista. Tiempo después, confidencialmente, ambos contaron que jamás, en sus largas carreras habían visto algo tan deformado como esos pechos. Las quemaduras de cigarrillos y las picanas no dejaron huellas de sus senos y mucho menos de sus pezones. Era un pedazo amorfo de su anatomía. Con el tiempo supimos que ya no pudo amamantar los dos hijos que vinieron.

Cuando el sol se esconde

La cárcel de Trelew estaba dividida en tres pabellones grandes y uno más pequeño. Este último era para mujeres. El patio quedaba en el medio.

Todos podíamos ver lo que allí ocurría. Lo de la muerte del bebé nos había shockeado; pero aún más porque presagiábamos lo que le ocurriría al Turco. La sesión de tormento se hizo interminable. Cerca de las cinco de la tarde lo sacan desnudo al patio y lo estaquean de modo tal que quede a la vista de todos los pabellones. Nos asomamos por la ventana y allí estaba. Ensangrentado y apenas cubierto por lo bellos que se dispersaban en todo su cuerpo. Querían que supiéramos que les pasaba a quienes se revelaban. A esa hora, cuando baja el sol, el frío golpea fuerte. Después de las ocho el termómetro se va abajo del cero. A cada rato un uniformado se acercaba y le arrojaba un balde con agua sobre el desnudo cuerpo. No sé quién empezó –narraba entrecortado Liliana– pero detrás de las rejas comenzó a levantarse la voz: "aguante Turco, aguante Turco… vamos compañero no le demos con el gusto a estos hijos de puta". El coro aturdía. El escenario nos enloquecía. Era patético. Cuando el silencio caía como la helada, comenzamos a escuchar la voz del Turco. No paraba de putearlos. Un hielo lo traspasaba. No ignorábamos el desenlace. Su voz fue de a poco convirtiéndose en un sonido gutural. Cerca de las tres de la madrugada, con los reflectores dándole a pleno, observamos de la manera que fue adoptando una posición fetal. El Turco se convertía en niño. Lo impactante fue el resurgir de su voz, clara, nítida. Comenzó con: "Ayyy mamá… ayyyy mamita… mamá ayudame". Su

mente había regresado a la niñez. Cerca de la cinco lo oímos por última vez. Giró su cuerpo y metió todo lo que pudo su cabeza entre los hombros. Era un feto adulto. Minutos después sus manos y sus piernas aflojaron. Aquel llanto de la cárcel, la de todos los detenidos, es una cosa que habrá de perseguirme toda la vida. Comprendí que nunca dejamos al niño que llevamos adentro y que la palabra mamá, debe ser una de la que más nos marca de por vida. El Turco Bardín nos mostró otra faceta de la muerte. La que ignoramos que nos habita.

Tan pocos…

"Liliana regresó a Córdoba apenas recuperada la democracia. Se casó, comenzó a dar clases y tuvo dos hijos más. Hace ya tiempo que no visita Villa María. Vino para el entierro de su ex suegra. Como ella hubo otros casos en la ciudad. Lo del Turco, es una de las experiencias que más me han conmocionado. A veces tengo ganas de volverla a encontrar… y que no deje de contarme historias. Para que la memoria no se me duerma… aunque tan solo sea para eso.

El Colorado no terminó la frase. El nudo de la garganta lo hicimos propio. Liliana es parte de una historia que apenas conocieron unos pocos. Tan pocos que quizás ya la hayan olvidado…

ESO DE COMPARTIR NO SIEMPRE ES BUENO

El hombre puede llegar a agudizar su inteligencia hasta lo impredecible cuando las circunstancias así lo obligan. Más aún si esas contingencias tienen que ver con el hecho de promoverse placeres. Y de esto el Carancho Cruz sabía muchísimo.

Hombre de profesión indefinida, indican, vivió por muchos años en el San Martín. Un tío le había dejado en calidad de herencia una pequeña y precaria construcción en lo que fuera la rememorada 'Boca del Tigre', sector que hasta los años setenta con una lamparita se iluminaba cuatro cuadras. Territorio de singular forma, casi un embudo con una sola entrada y salida. Fatídico al momento de las venganzas.

Punto de la comunidad donde hasta el carnaval se jugaba por plata y la convocatoria popular se relacionaba con las domadas, bochas y el fútbol.

El Carancho era un tipo económico para el encurde, y había logrado sostener su propia fórmula para mantener un buen nivel de alcohol:

echaba el aliento contra un espejo y abría la boca para recibir el rebote. Difícilmente pasara en estado de sobriedad más de dos días a la semana.

Se había aquerenciado en una piecita de 2,50 por 3, con techo de zinc y tirantes del ferrocarril, "con ubicación estratégica", aludía con orgullo de su morada. Argumentaba eso porque estaba enclavada bien frente a la canchita de fútbol y bochas, y por supuesto a mano de cualquier churqui para las necesidades fisiológicas. No disfrutaba de la letrina. Ese domingo no era un fin de semana man, los "boquenses" como locales se enfrentaban con los de La Rural, adversarios pesados, si los había.

Unos y otros comenzaron a movilizar sus respectivas barras. Los finales de aquellos campeonatos relámpagos raramente concluían sin la intervención del cuerpo de la policía montada. Tres agentes en dos caballos y un viejo Jeep celeste donde cargaban los muy borrachos y algunos contusos por los bastonazos. A éstos últimos los dejaban de paso en el hospital. Claro que nunca los servidores de la ley se retiraban sin lesionados.

El Carancho, llevaba no menos de tres meses sin encontrar una changa, "nadie pierde ninguna", aseguraba. Para sumar voluntades convidó a dos amigos de Villa Carlitos, caserío donde la luna pedía permiso para alumbrar. Ellos eran el 'Caradempacho' y el 'Púa de trapo', ambos de inagotable sed.

La comisión organizadora del evento deportivo tendió un alambre alrededor de todo el perímetro del campo de juego y luego cubrió la misma con bolsas de arpillera. Sin pasar por boletería nadie sería testigo del importante acontecimiento futbolístico.

Cerca del mediodía y con kilo y cuarto de falda, una de cinco, tinto, y tres tomates arribaron los invitados del Carancho.

Ese febrero no le daba tregua a las chicharras. A las dos de la tarde el estado de los tres era casi agónico, no obstante, el anfitrión demostró contar con algunos reflejos más. La de cinco rodó vacía hasta la misma puerta del evacuatorio. El encuentro que despertó las mayores expectativas se iniciaría a las 16. Alentar con la garganta seca no sería lo mismo. Cruz observaba silencioso que Caradempacho y compañía le sacaban ventaja al momento de los sorbos. Apreciable ventaja que interiormente lo molestó. En minuciosa búsqueda en los bolsillos y tiradas de manga a los circunstanciales visitantes del lugar, recolectaron algunas monedas. El capital alcanzaba nada más que para la inversión de un litro. Solamente un litro. El anfitrión se cruzó hasta el bar del Gordo Barrera y adquirió un tinto Toro. El hielo de dos cubeteras vino de yapa. Volcó el contenido en una abollada jarra de aluminio, le introdujo medio limón que venía chupando desde hacía tres días y revolvió los cubitos con los dedos. Púa de trapo le pegó un beso en la boca de aluminio que la hizo

temblar. El hombre local abrió grandes los ojos teñidos de rojo. Parecía que le estallarían. Tenían todo preparado para el gran enfrentamiento.

"Bueno, cumpas, dijo el Carancho apoyándose en la pared sin revoque y con una voz que no disimulaba su caótico estado, los invito a subir a mi azotea para presenciar el match..." puso la escalera y dejó que los invitados, tambaleándose, treparan hasta el techo. No sin dificultad acomodaron sus sentaderas sobre dos ladrillos de cemento. Cuando el Carancho se aseguró que ambos ya estaban arriba y mirando fijamente hacia abajo, a la jarra que sudaba en sus manos, les sacó la escalera, la arrojó a varios metros y se quedó abajo, a la sombra. No le importó ni los ruegos primero y mucho menos los insultos después que bajaban de la azotea. Sin inmutarse se sentó debajo de un árbol acariciando el lomo de aluminio que volcaba el líquido en su boca. Sabía que un litro no le iba a alcanzar para los tres... en ese caso la traición se justificaba.

PAJARITO DE AGUA

Pajarito de Agua, solía decir una mujer que escribía bellas poesías y dulces cuentos. Se llamaba Edith Vera. Pero, ¿qué son los **Pajaritos de Agua**? Acaso pajaritos que nacen después de un día lluvioso, de esas lluvias finitas y persistentes que ponen brillantes las plantas. O acaso aquellos que viven cerca del cauce de un río de aguas cristalinas pintadas de verde por un sauce; un río- espejo que refleja el aletear vigoroso del pajarito que se siente libre. O acaso aquél pajarito que mora en una nube azul y organiza, con otros pajaritos, los aguaceros que volverán fértiles a los campos. Hoy, **Pajarito de Agua** es una colección de cuentos. Cuentos que nos hacen volar. Cuentos que nos enseñan, ayudándonos a conocernos y a conocer la vida. Cuentos que nos hacen crecer, como si fuesen una vitamina para el alma. Cuentos que nos tornan más solidarios y mejores amigos, aproximándonos a los otros seres con los cuales compartimos el mundo. Cuentos que nos divierten, como los compañeros del cole. Eduvim, la editorial de la Universidad Nacional de Villa María, se regocija de haber facilitado el encuentro entre los/as jóvenes y estos Pajaritos de Agua vestidos de cuento.

Miguel Andreis: Nació en Villa María en 1952. Comenzó en el periodismo como cronista del periódico Columna (del sacerdote Francisco Pancho Sorribe) a fines de los años sesenta. Posteriormente formalizó aportes en distintas revistas locales y provinciales; en los años setenta concreta una columna en el diario *Noticias*. Ha sido Conductor de programas televisivos y radiales. En radio trabajó en *LV. 28 Radio Villa María, Radio Líder, Radio Río; Radio Sport y Radio Centro*. Fue responsable periodístico en Villa María de la revista *El Sur* en el 2007. En el año 2000 publicó en Internet el libro *Narrativas del Humor Cordobés* bajo el seudónimo de **Mand** (con lo que firmo todo el material de humor). Tuvo a su cargo el **Suplemento de Humor** de El Diario, publicación semanal que se prolongó por más de 11 años; en 2001 fundó semanario *El Regional* y es su actual Director. Promovió en televisión el programa *Entre Café y Café*; Conductor y a cargo de la producción ejecutiva del programa que rescataba a personalidades locales en **Cóntame una historia**. Integrante por varios períodos del *Centro de Periodistas "Lucio Capdevila"*, actualmente en la vice presidencia. Formó parte de distintas publicaciones con cuentos en textos de tapa dura. Premios locales y provinciales en narrativas. En el 1995 fue distinguido con el premio **Carlón** como *mejor periodista de investigación*.

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA